

CAPÍTULO XXX.

En que se trata como el gobernador Cristóbal de Oñate tuvo noticia en Guadalajara de que los indios de la sierra de Tepic y los cascanes del Teul, Tlaltenango y Xuchipila ya no querían servir, y como se declaró el alzamiento.

Muy confuso y pensativo se hallaba en la ciudad de Guadalajara el gobernador Cristóbal de Oñate con los movimientos de la guerra y alzamientos, por no saber cómo gobernarse con la poca gente con que se hallaba, cuando tuvo nueva que ya los cascanes y sus valles, y la sierra de Tepic, valle de Tlaltenango y río de Xuchipila, y el valle de Nochistlan y Teocaltiche ya no querían venir á servir ni á reconocer á sus encomenderos, lo cual tuvo á mala señal, teniendo por cierto que ya el baile y abuso de Huainamota iba haciendo efecto,⁸ y para remedio de esto acordó de enviar al capitán Miguel de Ibarra con algunos soldados; fueron Juan Michel, Francisco de la Mota, Pedro de Placencia, Diana, Juan de Salinas, Diego Hernandez Hodrero, Cristóbal Romero y otros, y

⁸ Para aclarar esta alusión, nada hay mejor que copiar la noticia que el mismo P. Tello nos da de ese famoso baile. No se halla en los fragmentos que ahora publico; pero nos la ha conservado el P. Beaumont en el cap. 7 del libro II de su Crónica MS. de Michoacan. Dice así:

« Aunque lo mas cierto es que el motivo principal que movió á estos indios á rebelarse fué la dureza de algunos encomenderos, trae cierto autor (*) otra causa que no hará fuerza á los que saben cuán poco han menester los indios para inquietarse y pensar perniciosos alborotos. Dice, pues, que estando estos indios enfrascados en uno de sus bailes que llaman Texicoringa (**), porque en un pueblo de este nombre así se usaba, esto es, que ponían un calabazo en medio, danzaban alrededor y hacían bailar al calabazo entre ellos á compás; vino entonces un aire recio que les llevó el calabazo, y

(*) Manuscrito del P. Tello.

(**) *Tlaxicolzingo* la edición de Mota Padilla; *Tlaxicoringa* mi copia MS. — E.

paró el baile. Tristes y confusos consultaron á las viejas, que regularmente eran hechiceras, y tenían tal ascendiente sobre ellos que las oían como oráculos. La respuesta que dieron las ancianas fué que convenía destruir á los españoles, y alzarse de una vez, porque si el viento había levantado del suelo y desaparecido aquel calabazo con tanta facilidad, así con el mismo ímpetu echaría de toda la tierra á los españoles, asegurándoles que con toda certeza podrían rebelarse y trabar batalla con aquellos forasteros, porque estando en ella se levantaría un viento tan impetuoso que armaría una gran polvareda, y con ella no dejando español á vida, los despediría fuera de la tierra para siempre. Consolados los bárbaros con esta especie tan ridícula de las viejas, pero para ellos muy misteriosa y de gran fundamento, se comenzaron á preparar para el alzamiento, celebrando la dicha que les pronosticaban sus viejas con grandes bailes y borracheras. »

el capitán Diego Vazquez de Buendia con muchos indios amigos mexicanos que sacó de Tlajomulco y del valle de Tonalá; fué también á esta jornada Juan del Camino, y llegados al río de Xuchipila hallaron los pueblos muy mudados y despojados de gentes, que toda estaba empeñolada en el Mixton, que es una sierra muy alta con unas rocas asperísimas, por lo cual le llamaron el Mixton, que quiere decir gato, ó subidero de gatos; y sabido por el capitán Miguel de Ibarra, determinó ir con sus soldados adonde la gente estaba empeñolada, y habiendo llegado les dijo que por qué causa se alzaban, siendo sus amigos, que pues no había habido ocasión se volviesen á sus pueblos y se sosegasen, que en qué andaban; á lo cual no respondieron sino con mucha flechería. Esto sucedió Sábado de Ramos del año de mil quinientos cuarenta y uno; y habiendo visto el capitán Miguel de Ibarra la resolución de los indios, se retrajo con su gente mas abajo del Mixton, para estar con mas seguridad, y los indios empeñolados le enviaron á decir que por la mañana otro día bajarían á verle, porque querían paz, dando grandes disculpas de las flechas que un día antes habían tirado; con que se descuidaron, y el Domingo de Ramos estando el sol eclipsado á las ocho de la mañana, y los españoles almorzando, y los indios amigos bien descuidados, por donde no se pensaba dieron los empeñolados con los del real, y era tanta la multitud de cascanes enemigos, que los desbarataron, y sin poder ninguno pelear, con la prisa y aspereza, se retrajeron como mejor pudieron, y en aquella confusión mataron á Francisco de la Mota y cogieron vivos á otros españoles, á los cuales hacían traer agua y servir, diciéndoles: « Servidnos, que así haceis con nosotros; » y al fin los mataron. En esta ocasión quedó Romero y otro español peleando á caballo solos con los enemigos, los cuales embistieron á Romero y le mataron el caballo, y teniéndole asido para llevarle y matarle, arremetió Francisco Mota, que así se llamaba el otro soldado, con su caballo y arcabuz, peleando valerosamente para defender á Romero; pero estancándosele el caballo le cogieron y llevaron vivo; y viéndose suelto Romero, y á los indios ocupados con el Mota, mató cantidad de ellos, y le dejaron suelto, el cual reparando halló junto á sí á un indio llamado D. Diego Vazquez, que era cacique de Tlajomulco y había ido con los españoles, y arremetió á él, y

derribándole del caballo saltó él en pelo y asióse, y luego al punto mataron al cacique D. Diego. Acabado de desbaratar el campo de los españoles, fué multitud de enemigos tras el alcance, y dieron con Pedro de Placencia y Diana que estaban peleando; y andando á las vueltas volvió Diana á mirar atrás por ver la gente que le salia, y al volver el rostro le dieron un flechazo en un ojo, que le derribaron del caballo. Acudió luego Placencia y le cogió á las ancas del suyo, animándole y diciéndole se tuviese bien, que él lo sacaria en salvo; y al cabo de rato que iban saliendo de donde los enemigos estaban, dijo Diana: «Dios sea conmigo,» y cayó muerto en el suelo, y así que cayó le arrebataron los enemigos y se lo llevaron, escapando Placencia; pero ni español ni soldado pareció, porque cada uno se fué por donde mejor se pudo huir, sin saber unos de otros. Murieron muchos indios amigos del valle de Tonalá, y serian mas de doscientos, y mas de diez españoles, los mejores soldados del reino, que fué harta pérdida; y desbaratados y vencidos, los que escaparon despues de tres dias llegaron y unos indios amigos de Tlajomulco á la ciudad de Guadalajara, adonde dieron la nueva de la pérdida de los españoles y muertos, y habiéndolo sabido se comenzaron tantos llantos y clamores en ella, particularmente de las mujeres y niños, que llegaban al cielo, y el gobernador Cristóbal de Oñate comenzó á prevenirse y á poner en armas á los españoles, temiendo que segun la nueva tendrían presto á los enemigos en la ciudad; y estando en esto, el mismo dia que llegaron los amigos con la nueva llegó Juan Michel flechado todo el cuerpo, brazos y piernas, y el caballo mal herido que era lástima verlo, y se entendió muriera de las heridas; fuése á curar á su casa donde estaba su madre y una hermana que estaba casada con el capitán Diego Vazquez, y así que llegó preguntó: «¿Ha llegado por acá Diego Vazquez, mi hermano?» y habiéndole dicho que no, dijo: «Pues ayer á esta hora nos apartamos, y el capitán Miguel de Ibarra y otros, y pues no ha llegado, tengo por cierto que los han muerto;» y contó todo el suceso como habia sido: lo cual sabido por el gobernador Oñate, salió armado á caballo con la gente que halló en la ciudad, y se fué á la casa de Juan Michel, y le mandó curar y confesar; y tomando razon del caso, mandó á los que con

él estaban hiciesen luego talegas, y habiéndolas hecho, caminó en busca del capitán Miguel de Ibarra y de los demas soldados hácia el Mixton, dejando como doce españoles para defensa de la ciudad; y yendo caminando, á una legua de la ciudad encontró á Miguel de Ibarra y á los demas soldados muy mal heridos y muy ensangrentados, los cuales contaron al gobernador Oñate lo que habia pasado en el Mixton, y cómo habian muerto á los españoles los mas valientes del campo, y que á Salinas, á Francisco de la Mota y á Diego Hernandez Hodrero llevaron á la barranca de S. Cristóbal, y allí los sacrificaron en unos cués y adoratorios de ídolos, y despues se los comieron, y que de la misma suerte hicieron con los demas.

Estando tratando de estas cosas y de lo sucedido en la refriega pasada, dijo el gobernador Oñate, hablando con el capitán Miguel de Ibarra: «Tambien me parece que faltan Placencia y Diana, y cierto que me llega al alma tal pérdida, y que se nos aparejan grandes trabajos; sea el Señor de cielo y tierra loado por todo, que confio en su Divina Majestad lo ha de remediar como señor, pues todo cuanto padecemos y hacemos es en su servicio.» Estando en estas razones salió Pedro Placencia de una montañuela, muy desmayado, porque venia muy mal herido, sin haber comido en tres dias, y llegando adonde el gobernador con la demas gente estaba, dió tambien razon de lo sucedido, y cómo se habia apartado por otra derrota por favorecer á Diana su amigo, y que con todo eso lo mataron los indios, y que harto habia hecho él en escapar su vida, y daba á Dios gracias por haberlo librado de aquel peligro. Con la gente que llevaba y la que encontró, el gobernador quiso pasar adelante; pero todos se lo impidieron, diciéndole que no hiciese tal, porque toda la tierra estaba alzada y los cascanes hechos unos leones, y que no habia otro reparo sino pedir socorro á todo el reino, sacando soldados de cada villa y ciudad: y habiendo oido estas razones determinó volverse á la ciudad de Guadalajara para templar los llantos de las viudas, consolar á los afligidos, curar los heridos y poner remedio en tan gran fuego como se habia levantado y iba abrasando en armas toda la tierra. Llegado á la ciudad con los que salieron desbaratados de la guerra, mandó á cada uno se fuese á su casa á curarse y descansar, y él se fué á

la de Francisco de Mota á consolar á su mujer é hijos, prometién-
doles amparo, como despues lo hizo, casándola con Juan Michel,
y la amparó honrándola á ella y á todas sus cosas. Luego envió
á llamar á Diego Vazquez, y le dió la encomienda que tenia Dia-
na, que era Cuacuála, diciéndole que holgara fuese mejor.

Estando en estos aflictos y trabajos, le llegaron cartas de Culia-
can, Compostela y la Purificacion, en que le daban aviso como
todas las provincias estaban alzadas, y cada dia les ocasionaban y
tenian mil refriegas. Mucha pena y confusion causó esto al go-
bernador, y viendo lo que le iba sucediendo, como hombre tan
sabio y valeroso en todo, procuró disponer el reparo con prudencia
militar, y mandó á los alcaldes y regidores, oficiales reales, capi-
tanes y hombres principales que allí habia, se juntasen en su casa
para tratar del caso, y juntos les dijo: «Señores, aquí á cabildo,
para que se trate del remedio de tanto daño como vemos y todo el
reino, y que será mas dificultad sujetarlo que cuando se ganó, ha-
biendo traído Nuño de Guzman quinientos españoles y veinte mil
amigos, y con todo eso nos vimos en grandes trabajos para ganarle
y sujetarle; pero ahora que somos tan pocos para tanto remedio y
para volver á ganar la tierra y resistir á enemigos tan malos y tan
diestros en las armas con tan pocas fuerzas, y que los amigos que
teniamos por nuestros se han vuelto enemigos, y que lo de Culia-
can, Compostela y Purificacion está todo alzado, sacar un hombre
de ellas seria perderlo todo; pues ya Vds. ven lo que pasa en esta
provincia y villa, y que de los que aquí habia nos han muerto la
mitad; cada dia esperamos á los enemigos; no hay otro remedio
sino el de Dios, que este no faltará, pues lo que hacemos es en
servicio suyo y en plantar su santo Evangelio. Á mí me parece
se dé noticia al señor virey D. Antonio de Mendoza de lo que pasa,
y que le pidamos envíe socorro, porque si esto no se hace, mori-
remos todos á manos de nuestros enemigos y seremos aquí acaba-
dos. Este es mi parecer: Vds. verán si conviene hacerse ó no;
porque lo que determinaren se hará;» y habiéndolo oído, todos
respondieron: que pues Su Señoría era en todo tan acertado, no
tenian ellos que decir, sino que les parecia se hiciese como lo de-
terminaba, que lo propio decian, y que este era su parecer; y
luego dijo el gobernador, que pues estaban allí todos congregados,

se escogiese uno que fuese á México á pedir socorro al señor virey
y á informarle y darle razon de las cosas referidas; dicho esto se
miraron todos unos á otros, no sabiendo á quien señalar, y dije-
ron todos juntos: «V. S. señale quien fuere servido, que el que
señalare irá, y provéase luego con brevedad, que es lo que mas
conviene;» á que les respondió el gobernador: «Pareceme que
vaya el capitan Diego Vazquez, que se halló en la derrota y pér-
dida del Mixton, que es persona de tanto crédito y valor, y que
lleve consigo dos soldados buenos que le hagan escolta y guarden
su persona:» y habiendo visto el que habia nombrado, se alegra-
ron todos, porque Diego Vazquez era persona de mucha autoridad
y peso, bien hablado, y cabia bien en él fuese á tal embajada.

Era el capitan Diego Vazquez hermano de Fr. Dionisio Vazquez,
fraile agustino, predicador del Emperador Carlos V y del Papa
Clemente VII, natural de Guadalajara en el reino de Toledo, y fué
señalado para ir con la embajada; se le mandó se aperciese para
el viaje, y á los compañeros que habian de ir con él, y el gober-
nador le escribió al virey largo, dándole noticia de todo lo sucedido
en la tierra, pidiéndole socorro. Partió Diego Vazquez para Mé-
xico, y el gobernador mandó que de noche y de dia se velase la
ciudad poniendo guardas, y que tuviesen las armas aprestadas,
porque segun los enemigos andaban victoriosos, los tendrian presto
en la ciudad; y habiendo ordenado esto, mandó llamar á los cor-
reos de las demas villas y ciudad de Compostela, y los despachó con
las cartas en que decia á los capitanes de ellas los trabajos con que
estaban, y cómo enviaba á pedir socorro al virey, que se enco-
mendasen á Dios y defendiesen lo que tenian á su cargo é hiciesen
como valientes capitanes, que Dios seria en su ayuda: y habién-
dolos despachado puso por obra el que hubiese vela de noche por
sus cuartos, y tambien de dia, y que todos estuviesen con gran
recato y cuidado, porque en las cosas de guerra era el gobernador
muy extremado y cuidadoso, y velaba sus cuartos como le cabian,
como cualquier otro soldado, y esto fué lo que le valió para no
perecer él y toda la gente de la ciudad.

CAPÍTULO XXXI.

En que se trata cómo llegó nueva á la ciudad de Guadalajara de que el adelantado D. Pedro de Alvarado habia llegado al puerto de la Navidad con su armada, para ir á la China; y el gobernador y regimiento de Guadalajara le escribieron pidiéndole socorro.

En este tiempo el adelantado D. Pedro de Alvarado, conforme lo que habia capitulado con S. M. en España, hizo una armada de navíos en el Realejo, puerto en tierra de Guatemala y Mar del Sur, en la cual llevaba como trescientos españoles, valientes soldados, é iba á descubrir tierras nuevas, como la China y Californias, que habia dejado el marques; y viniendo caminando por la mar quiso tomar agua y refresco en el puerto de la Navidad, y llegado á él tuvo nuevas por el capitán Juan Fernandez de Hajar á cuyo cargo estaba la villa de la Purificacion, cómo todo el reino estaba alzado y en puntos de perderse, y de la pérdida de gente de la ciudad de Guadalajara en el Mixton, por cartas que le habian venido por unos mensajeros que habia enviado al gobernador Cristóbal de Oñate, y que era imposible socorrerse unos á otros en todo el reino, por ser pocos, y no tenian otro remedio que el de Dios y el de Su Señoría, que en tal tiempo le habia enviado á aquella tierra; y que le pedia y suplicaba en nombre de Nuestro Señor y del Emperador D. Carlos acudiese al socorro. Esta nueva siendo oida por el adelantado D. Pedro de Alvarado, lastimóle mucho ver el trabajo en que estaban, y tuvo á buena suerte el llegar en tal ocasion para remediar tanto mal, porque se entendió se alzaria toda la Nueva España; y luego mandó desembarcar toda la gente, y habiéndola desembarcado, dijo á los capitanes y soldados del campo: «Señores, negocio es grave el que se nos ofrece; aquí se nos pide socorro porque toda la Galicia está alzada y se teme el alzamiento de toda la Nueva España:» y que si él con sus soldados no los socorria, no tenian de donde les pudiese ir socorro; que dónde se podian emplear mejor que en aquella ocasion, y que en estando asentada la tierra volverian á su jornada. Á todos les pareció bien, y dijeron se hiciese lo que mandaba.

En esta ocasion sabiendo el virey D. Antonio de Mendoza que el capitán y adelantado D. Pedro de Alvarado estaba con su armada en el puerto de la Navidad para ir á descubrir la isla de la Especería por la punta de Ballenas, que hoy llaman Californias, como habia concertado con S. M. cuando estuvo en España, le envió á llamar para concertarse con él; el cual dejando su armada en el dicho puerto fué, y habiéndose concertado con el virey para ir á Cibola por la parte del Mar del Sur, sin el respeto debido á Cortés á quien tanto debia, de que dió mucho que decir, cuando volvió de México para ir á ver su armada, yendo por la provincia de Michoacan, como tuvo relacion del mucho aprieto en que los indios tenian el reino de la Galicia, y en particular á la ciudad de Guadalajara, porque habia ido y vuelto con ese cuidado por la relacion que le hizo el capitán Juan Fernandez de Hajar, que lo era de la villa de la Purificacion; y aunque entonces determinó salir luego con sus soldados para el socorro se lo impidió la carta que recibió del virey, se arrió á la provincia de Avalos con este cuidado, y habiendo llegado al pueblo de Zapotlan hizo alto con intento de pasar en él las aguas, que era por el mes de Agosto; y estando en este puesto tuvo aviso del capitán Cristóbal de Oñate, gobernador de la Galicia, y de los alcaldes, justicia y regimiento de la ciudad de Guadalajara en que le daban cuenta del aprieto en que estaban, por haber tenido nueva que estaba en Zapotlan, y para esío y para darle el parabien de su buena llegada, mandó llamar á Juan de Villareal, vecino de la ciudad y hombre plático, y le mandó se aprestase con sus armas y caballo y fuese al pueblo de Zapotlan adonde estaba D. Pedro de Alvarado, le diese unas cartas y besase las manos de su parte, disculpándole de no ir él

⁹ El P. Beaumont, en su Crónica MS. de Michoacan, lib. II, cap. 8, dice tambien que Alvarado llegó á Etzatlan «por el mes de Agosto.» Es evidente que la relacion de estos sucesos la tomó el P. Beaumont de los MSS. del P. Tello, y para conocerlo no hay mas que comparar ambos textos. Así es que que en idéntica falta incurriese el que hizo la que sirvió al P. Beaumont, si no es que tuvo á la vista el original mismo, como presumo. Mas apesar de todo, juzgo que debe leerse Mayo y no Agosto. El P. Beaumont dice en el mismo capítulo (tomándolo tambien del P. Tello) que Alvarado entró en la ciudad de Guadalajara el 12 de Junio; su muerte sabemos que acaerió el 4 de Julio. Por consiguiente en Agosto ya no existia. hizo mi copia; pues parece muy improbable